



REENCUENTRO 2026

RECOMENZAR



SERMONARIO



REENCUENTRO 2026

RECOMENZAR



Iglesia Adventista
del Séptimo Día®

Producido por la División Sudamericana de la Iglesia Adventista del Séptimo Día.
Departamento de Secretaría
www.adventistas.org

Coordinación general: Pr. Dieter Bruns

Autor: Pr. Anthony Araujo

Tapa: Tiago Wordell

Diagramación: Tiago Wordell

Imágenes: Montaje con imágenes de *Midjourney*

Traducción: Departamento de Traducción DSA

Revisión: Departamento de Traducción DSA

Año: 2025

ÍNDICE

| | | |
|------------------|--------------------------------------------|----|
| DÍA 1 | UN NUEVO NOMBRE PARA RECOMENZAR | 5 |
| DÍA 2 | UN PROPÓSITO PARA RECOMENZAR | 10 |
| DÍA 3 | FE PARA RECOMENZAR | 11 |
| DÍA 4 | PERDONAR PARA RECOMENZAR | 19 |
| DÍA 5 | RECOMENZAR DESDE EL FRACASO | 24 |
| DÍA 6 | UNA INVITACIÓN A RECOMENZAR | 29 |
| DÍA 7 | RECOMENZAR PARA LA ETERNIDAD | 34 |

DÍA
1

UN NUEVO NOMBRE PARA RECOMENZAR

"Y lo trajo a Jesús. Mirándolo Jesús, dijo: Tú eres Simón hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas, es decir, Pedro" (Juan 1:42, RVR1995).

INTRODUCCIÓN

Un estudio reveló que el 68% de las personas no cumplen sus promesas de Año Nuevo. ¿Por qué seguimos haciéndolas? Cada año firmamos contratos de ilusiones, sabiendo que en algún momento vamos a romperlos. Y el problema de las promesas fallidas, sean a nosotros mismos o a los demás, es que no se quedan en lo superficial. Van al corazón, dejando heridas profundas. No es solo una promesa rota, es una expectativa caída que nos afecta más de lo que pensamos.

Ahora, recuerda la última promesa que le hiciste a Dios. Tal vez, entre lágrimas, dijiste: "No volveré a fallarte", "no caeré más en esto", "seré diferente". Y, aquí estás, con el peso de ese mismo error, sintiéndote indigno y atrapado en la culpa. Entonces, esa pregunta susurra al oído: "¿Puedo realmente empezar de nuevo con Dios, o es demasiado tarde para mí?"

La respuesta de Dios a esa pregunta aparece 170 veces en la Biblia. Es una palabra que, aunque la conocemos bien, no deja de sorprendernos: gracia. La gracia es un regalo inmerecido de Dios para nosotros que no sólo nos perdona, sino que también nos transforma y se recibe a través de Jesucristo.

Hoy comenzaremos a descubrir esta gracia a través de la vida de alguien que, como muchos de nosotros, falló, tropezó y perdió el rumbo. Ese alguien es Pedro.



Durante toda la semana estudiaremos su vida y te darás cuenta de que a través de su historia encontrarás la esperanza de reescribir tu historia y empezar de nuevo.

Pedro, forjado por el contexto

Leamos Juan 1:29 *“Al siguiente día vio Juan a Jesús que venía a él, y dijo: ‘¿Éste es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo!’”*

Esta declaración de Juan el Bautista fue impactante para quienes escuchaban, especialmente para el pueblo judío que llevaba siglos esperando la llegada de un Mesías. Sin embargo, la mayoría de ellos, incluyendo Pedro, no esperaban un Salvador que viniera a quitar el pecado del mundo. Ellos esperaban un Mesías que los librara del yugo romano, un líder político que restaurara el poder de Israel.

Pedro, cuyo primer nombre era Simón, creció en un tiempo de opresión bajo el dominio romano, lo que moldeó su perspectiva de lo que debía ser un salvador. Él era pescador, un oficio humilde y duro, que le enseñó el valor del trabajo constante para sobrevivir en un contexto donde la vida era difícil. Además, debía pagar tributo a los recaudadores de impuestos, judíos que trabajaban para los romanos, lo que hacía aún más pesada la carga de cada día.

Sin lugar a duda, este contexto de injusticia y opresión influenció en su carácter. Pedro creció bajo la presión de una nación dividida y espiritualmente decaída. Era un hombre rudo, que reaccionaba rápido, y tenía un temperamento fuerte, probablemente debido a la frustración de ver cómo su propio pueblo estaba oprimido por los romanos y, a su vez, cómo los líderes religiosos se mezclaban en la política en lugar de dedicarse al cuidado espiritual. Esta atmósfera difícil explica en parte por qué Pedro tenía ese carácter tan impulsivo, a veces violento y muchas veces desafiante.

Quizás te sientes identificado con Pedro. Tal vez, como él, has enfrentado situaciones difíciles y desalentadoras que han moldeado tu carácter. Tal vez, también te has sentido oprimido o desilusionado por ver injusticias o problemas en la iglesia o en el mundo. Si tu entorno ha afectado la forma en que ves la vida, entiende que Dios comprende tu dolor y tus luchas. A pesar de cómo hayas crecido o de los errores que hayas cometido, Jesús ve en ti un propósito mayor.



Recomenzar es cuestión de decisión

Leamos Juan 1:40 y 41: *“Andrés, hermano de Simón Pedro, era uno de los dos que habían oído a Juan y habían seguido a Jesús. Aquél encontró primero a su hermano Simón, y le dijo: —Hemos encontrado al Mesías —que significa ‘Cristo’—”.*

Debemos buscar a Jesús con intencionalidad. Jesús no aparece en nuestra vida “por casualidad”; él se manifiesta en respuesta a un corazón que lo busca de verdad. Si no haces de Jesús una prioridad, es probable que no lo encuentres, no porque él no quiera encontrarse contigo, sino porque necesitas hacer de él el centro de tu vida. El primer paso para recomenzar es decidir encontrarse con Cristo.

Ahora, piensa en cuántas veces Dios ha llamado a tu corazón, en esas ocasiones en que ha usado personas o circunstancias para acercarte a él. Muchas veces, los problemas que vivimos son puertas que Dios abre para que veamos su mano y nos demos cuenta de que él está allí, buscando nuestro corazón. Tal vez, hoy, en medio de las preguntas sin respuesta y del silencio de Dios, él te está pidiendo que lo busques y confíes en su plan.

Eso es precisamente lo que hizo Andrés. Buscó a Jesús intencionalmente, y llevó a Pedro a un encuentro que cambiaría su vida. ¿Cómo empezó ese encuentro? El versículo 42 dice: “Jesús miró a Pedro”. Fue una mirada significativa que lo marcó profundamente.

Y esto es maravilloso, porque Dios ve más allá de lo que tú ves en tu vida. Dios ve mucho más allá de tus limitaciones. Puede que en tu vida haya cosas que no entiendas porqué sucedieron; puede que hasta el hoy te preguntes y le preguntes a Dios por qué permitió tal cosa, y puede que ni siquiera encuentres una respuesta para eso. Que Dios permanezca en silencio en tu vida no significa que esté ausente, porque muchas veces los silencios de Dios ya son respuestas.

Pero date cuenta de esto: todo empezó en la vida de Pedro con una mirada. Ahora bien, ¿qué fue lo que Jesús vio en Pedro?

Recomenzar es una obra de Dios

En Juan 1:42 leemos: *“Lo trajo a Jesús. Mirándolo, Jesús dijo: ‘Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas’, es decir, Pedro”.*



Esa mirada de Jesús a Pedro fue mucho más que un simple encuentro visual. Jesús no veía solo al hombre que estaba delante de él en ese momento; veía todo lo que Pedro podría llegar a ser en su gracia. Jesús miró más allá de su presente y de su carácter impulsivo, y vio el potencial de un líder, de alguien que, a pesar de sus caídas, sería clave en la construcción de la iglesia.

Piensa en esa mirada. Jesús también mira tu historia; él conoce cada momento en el que te has acercado y cada vez que te has alejado. Pero, a diferencia de nosotros, él nunca te juzga por tu pasado. Jesús no tiene prejuicios sobre ti, sobre lo que hiciste o dejaste de hacer. Él ve tus errores, pero no se queda en eso; en cambio, mira más allá y ve el propósito que puede cumplir en tu vida, si decides regresar a él.

Quizás alguna vez fuiste parte de la iglesia, experimentaste su amor y su paz, pero algo sucedió y te alejaste. Tal vez, fueron malas decisiones, desencuentros, desilusiones, o simplemente sentiste que no encajabas. Ahora, al recordar esos momentos, puede que te sientas descalificado, creyendo que tus errores te han alejado demasiado de Dios.

Tal vez, has preguntado si Dios aún puede aceptarte. Y la respuesta es sí, porque Dios te acepta no por ser perfecto sino porque eres su hijo. Él no te pide que vuelvas con una vida impecable; te pide que regreses tal como eres, sin máscaras ni pretensiones. Eso fue lo que hizo con Pedro. Lo miró y, en esa mirada, lo vio completamente, vio su potencial y le dijo: “Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Pedro”.

Este es el inicio de una historia transformada por la gracia de Dios. Jesús le dijo: “Eres Simón, pero ya no serás solo Simón; ahora serás Pedro”. Jesús le dio un nuevo nombre, no porque el antiguo fuera irrelevante, sino porque el nuevo reflejaba la transformación que Dios haría en su vida. Quizás tu historia esté marcada por errores, caídas, momentos en que te alejaste, pero Dios no está interesado en juzgar tu pasado; él está más interesado en darte un nuevo comienzo.

Tal vez pienses en tu propia historia, y lo que ves es dolor o una vida rota. Quizás tu historia refleja distancia de la iglesia, resentimiento, o una vida en la que Dios fue dejado de lado. Pero Dios, en su inmensa gracia, te ofrece la oportunidad de recomenzar.



CONCLUSIÓN

Hoy, la historia de Pedro nos recuerda una verdad poderosa: aunque nuestras fuerzas sean finitas y nuestras promesas frágiles, Dios puede darnos un nuevo comienzo, una nueva historia.

Así como Jesús miró a Pedro, esta noche Jesús te mira y no se detiene a ver solo lo que hoy eres o cómo hoy te sientes, su gracia mira más allá de nuestro pasado y ve en nosotros un propósito que nosotros mismos no podemos ver.

Puede que sientas que tus esfuerzos son insuficientes, que no puedes volver a empezar. Pero ahí es donde Dios interviene: lo que tú no puedes, Dios sí puede. Él puede darte el perdón, una nueva historia y un nuevo comienzo. No se trata de lo que tú puedas hacer por ti mismo, sino de lo que Dios ya hizo y está dispuesto a hacer. Porque al final, no es por nuestras fuerzas, sino por su gracia transformadora.

Llamado

Hoy es el momento de dejar atrás las culpas, los errores y las promesas fallidas. Jesús te invita a entregarle tu vida, a permitirle escribir esa nueva historia que solo él puede crear. Ven a él tal como eres, sin máscaras ni excusas. Él ya conoce tu pasado y, aun así, está listo para darte un nuevo comienzo. No te quedes en el “no puedo”; entrégate a Jesús y di: “Señor, escribe mi historia”. Hoy, da ese paso de fe y permite que su gracia haga en ti lo que tú no puedes.



DÍA 2

UN PROPÓSITO PARA RECOMENZAR

“Pero Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Trajeron a tierra las barcas y, dejándolo todo, lo siguieron” (Lucas 5:10, 11, RVR1995).

INTRODUCCIÓN

¿Cuántas veces has sentido que la vida es una sucesión de días sin propósito claro, de esfuerzos que parecen no dar fruto? Que, por más que intentas, la vida sigue siendo una repetición sin propósito claro. Pedro sabe de qué hablamos.

Es una mañana tranquila en el Lago de Genesaret, también conocido como el Mar de Galilea. El cielo comienza a iluminarse, y el agua refleja un suave resplandor que parece prometer paz. Los pescadores están en la orilla, lavando sus redes después de una noche de esfuerzo sin recompensa. Entre ellos está Pedro, exhausto, sus manos repitiendo la rutina de limpiar las redes mientras su mente divaga, quizá preguntándose si la vida tiene algo más para ofrecerle.

Y es en ese escenario de cansancio y rutina, en esa orilla tan conocida, donde aparece Jesús para darle un nuevo propósito a la nueva historia de Pedro. Tal vez, hoy, Jesús esté en tu orilla, listo para darte un propósito en medio de lo que parece una rutina sin fin.

El comienzo de un propósito

Leamos Lucas 5:2-4 *“Vio dos barcas que estaban cerca de la orilla del lago; los pescadores habían descendido de ellas y lavaban sus redes. Entró en una de aquellas barcas, la cual era de Simón y le rogó que la apartara de tierra un poco. Luego, sentándose, enseñaba desde la barca a la multitud”.*

En este pasaje, hay dos detalles que serán importantes para entender el mensaje de hoy.

En primer lugar, Jesús volvió a encontrarse con Pedro, acercándose a su barca mientras ellos lavaban sus redes. Desde el momento en que Jesús le dio a Simón el nombre de Pedro, ni él ni sus amigos habían tomado la decisión de dejar la pesca para seguirlo por completo. Habían visto milagros, habían escuchado las enseñanzas de Jesús, pero lo seguían solo “a medias”. El problema de seguir a Jesús “a medias” es que nos deja vacíos, sin un propósito claro.

En segundo lugar, recordemos que la vida de un pescador no era fácil; requería cualidades especiales. La paciencia era fundamental porque la pesca no garantizaba resultados inmediatos. Pasar largas horas en el mar, sin asegurar el sustento del día, era parte de su rutina. También se necesitaba valentía para soportar las tempestades y el mar embravecido.

Sin embargo, cuando miramos la vida de Pedro, algo parece no encajar. Aunque su oficio debería haberle enseñado paciencia y valentía, Pedro era impulsivo y otras veces miedoso, rápido para reaccionar y lento para esperar. En muchas ocasiones, sus emociones controlaban sus acciones más que la razón.

Ahora, quiero que pienses por un instante en esos momentos de lucha que enfrentas. ¿Cuántas veces has permitido que tus impulsos y sentimientos controlen tus decisiones, y luego termines lamentándote? Tristemente, muchas veces nuestros impulsos nos llevan a decir palabras hirientes, a actuar con enojo, a reaccionar sin pensar en las consecuencias. Con el tiempo, estas decisiones impulsivas dañan nuestras relaciones familiares, nos alejan de nuestros seres queridos y crean heridas difíciles de sanar y terminan por alejarnos de Dios. El comienzo para un nuevo propósito es reconocer nuestras limitaciones.

Confía en su Palabra

Leamos Lucas 5:4, 5 *“Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Boga mar adentro, y echad vuestras redes para pescar. Respondiendo Simón, le dijo: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos pescado; pero en tu palabra echaré la red”.*



Cuando Jesús llegó aquella mañana, los encontró “lavando sus redes”, lo que significaba que el trabajo de la noche había concluido. ¿Y cómo les había ido? No habían pescado nada. Estaban físicamente agotados, emocionalmente cansados y, probablemente, también espiritualmente vacíos. Habían trabajado y se habían esforzado sin ver los frutos que esperaban.

¿Has vivido alguna situación similar a esta? ¿Cuándo fue la última vez que sentiste que diste todo por algo y no hubo nada para ti? ¿Cuándo fue la última vez que sentiste que habías entregado todo por tu matrimonio, por tus hijos, por tu trabajo y no sirvió de nada? No sabes qué hacer, te sientes agotado como Pedro en el mar, pasando horas y horas, tratando de “pescar” algo para tu vida, pero sin lograrlo.

Y es precisamente en ese momento, cuando Pedro y los demás pensaban que el día estaba perdido, cuando Jesús se presenta con una orden inesperada: “Navega mar adentro”. Pero, piensa conmigo en lo siguiente: ¿Quién conocía mejor el mar? ¿Jesús o Pedro? ¿Quién era el pescador, el que sabía cómo moverse en esas aguas? Era Pedro, el experto en pesca, pero el experto en la vida y en hacer milagros era Cristo.

Cuando todo parece perdido, cuando estás al final de tus fuerzas, Jesús se presenta para darte una nueva oportunidad. Pero si quieres ver un milagro en tu vida, necesitas desconfiar más de ti y confiar más en él.

Pedro confió en las palabras de Jesús y dijo: “Pero en tu nombre echaré la red”. Sin embargo, la vida no cambia solo con deseos o buenas intenciones; la vida se transforma cuando tomamos decisiones. Puedes tener muchos deseos, puedes hacerle promesas a Dios, pero mientras no tomes decisiones concretas, tu vida seguirá igual. Los deseos no son suficientes para vivir la vida que Dios te ha llamado a vivir, y Pedro lo sabía. ¿Qué ocurrió entonces?

Más que un milagro, necesitas a quien hace los milagros

La Biblia dice en el versículo 8 que *“viendo esto Simón Pedro, cayó de rodillas ante Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”*.

Vemos a Pedro reaccionar con una mezcla de asombro y humildad. Ante la grandeza de este milagro, él se da cuenta de su pequeñez y de su pecado, y cae de rodillas ante Jesús, diciendo: “Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador”. Este es el corazón de un hombre que



reconoce sus limitaciones y comprende que solo en Jesús puede encontrar su verdadero propósito.

Hoy quiero decirte que, a medida que nos acercamos más a Jesús, nos damos cuenta de nuestras propias imperfecciones, y es natural preguntarnos si realmente somos dignos de su amor y su gracia.

¿Cuántas veces miramos nuestras vidas, nuestros errores, nuestros fracasos, y nos sentimos indignos del amor de Dios? Como Pedro, a veces sentimos que no somos suficientes, que nuestras fallas nos separan de Dios y queremos alejarnos por vergüenza o culpa. Nos preguntamos: “¿Puede Dios amarme a pesar de todo esto? ¿Puede hacer algo con mi vida destrozada?” Pero, como en el caso de Pedro, Jesús no se aleja de nosotros. Él permanece.

Así es la gracia de Dios. Cuando pensamos que nuestras fallas deberían alejarnos de su presencia, él nos muestra que su amor es más grande que nuestros errores, que su poder es suficiente para cambiar lo que no podemos transformar por nosotros mismos. La gracia de Dios nos da un nuevo comienzo.

Los versículos 10 y 11 nos dicen que *“Jesús dijo a Simón: No temas; desde ahora serás pescador de hombres. Trajeron a tierra las barcas y, dejándolo todo, lo siguieron”*.

Este es el mismo hombre que, días antes, era simplemente Simón, el pescador sin rumbo, el hombre que conocía las olas, pero no su destino. Ahora, Jesús lo llama Pedro, la roca. Le da un nuevo nombre, una nueva identidad, y con ello, un propósito eterno.

La Biblia dice que, después de esa pesca milagrosa, Pedro dejó todo y siguió a Jesús. Piénsalo por un momento: esa pesca podría haber sido la solución material para Pedro, la seguridad que él y su familia necesitaban para vivir cómodamente. Pero Pedro entendió algo crucial: el verdadero milagro no estaba en las redes llenas, sino en el llamado que Jesús le estaba haciendo. Porque el propósito que Jesús nos da siempre va más allá de nuestras necesidades inmediatas; es un propósito que nos invita a trascender, a vivir para algo eterno.



CONCLUSIÓN

Ayer vimos cómo Jesús le había dicho: “Tú eres Simón, pero serás Pedro”. También vimos cómo Jesús le cambió el nombre, transformando su historia pasada. Pero hoy vemos que Jesús no solo cambia su pasado, sino que también le da un propósito eterno.

Esa es la diferencia que hace Jesús en la vida. No solo desea sanar nuestras heridas y perdonar nuestro pasado, sino que también quiere darle a nuestra vida un propósito eterno.

A veces, buscamos el propósito en nuestros propios esfuerzos, en nuestras redes llenas de logros y metas personales. Pero, como en la historia de Pedro, llega un momento en que Jesús nos invita a ver más allá de nuestras limitaciones y nuestras propias expectativas. Pedro pensaba que lo tenía todo bajo control, que entendía el mar y su oficio, pero fue Jesús quien le mostró que el verdadero propósito no se encontraba en sus redes, sino en su llamado.

LLAMADO

Hoy, este mismo Jesús se acerca a nuestra orilla, llamándonos a dejar atrás los logros y fracasos que tanto nos definen y a encontrar en él un propósito eterno. Nuestras fuerzas son finitas, nuestros logros limitados, pero el propósito de Dios para nosotros es eterno.

¿Estás dispuesto a dejar tus propias redes y seguir el propósito que Jesús tiene para ti? ¿Estás dispuesto a recomenzar? Jesús no te llama a una vida a medias; te llama a una vida llena de propósito. La decisión es tuya.



DÍA 3 FE PARA RECOMENZAR

"[...] Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó: ¡Señor, sálvame!" (Mateo 14:29, 30, RVR1995).

INTRODUCCIÓN

¿Qué sientes cuando lo que parecía estar bajo control, de repente te sobrepasa y lo que era seguro ahora parece estar tambaleándose en tu vida?

Recomenzar es más que volver a empezar desde cero; es darle sentido a lo vivido y dejar que Dios nos muestre un camino diferente, un propósito renovado. A veces, para poder recomenzar, él cambia nuestros planes, desafía nuestra comodidad y nos lleva a lugares inesperados, incluso incómodos.

Y es que hay lecciones que no se pueden aprender en la calma. Hay lecciones que solo se revelan en medio del viento y las olas. Pedro estaba a punto de aprender eso, no en un momento de paz, sino en la tormenta, en medio del mar embravecido.

La fe renace en la tormenta

Leamos Mateo 14:22: *"En seguida Jesús hizo a sus discípulos entrar en la barca e ir delante de él a la otra ribera, entre tanto que él despedía a la multitud. Después de despedir a la multitud, subió al monte a orar aparte; y cuando llegó la noche, estaba allí solo. Ya la barca estaba en medio del mar, azotada por las olas, porque el viento era contrario".*

Quiero empezar destacando el inicio del versículo 22 donde dice que Jesús “hizo” que los discípulos entraran en la barca. En el idioma original, el verbo utilizado es más intenso; podría traducirse como “forzó”. Es decir, Jesús obligó a los discípulos a subirse a la barca. Quizá te preguntes: “¿Por qué Jesús obligaría a sus discípulos a hacer algo?”

Los versículos anteriores registran la alimentación de los cinco mil. Este es el único milagro de Jesús que aparece en los cuatro evangelios. Imagínense: cinco panes y dos peces se multiplican para alimentar a una multitud. Y después de este milagro, Pedro y los otros once discípulos comenzaron a pensar en el poder de Jesús, pero no para fines espirituales, sino para fines personales. Estaban imaginando a Jesús como un líder terrenal que cumpliría sus expectativas, sus sueños de grandeza. Pero Jesús, que conoce los pensamientos y motivaciones de cada uno, los obligó a subirse a la barca. Les cambió los planes.

¿Qué sucedió después? En el versículo 24, leemos: *“la barca estaba ya en medio del mar, azotada por las olas”*. ¿Qué significa eso? Que estaban en una tormenta. Ahora, seamos objetivos: ¿quién fue el que los envió al mar? Jesús. ¿Y Jesús sabía que habría una tormenta? Sí, lo sabía.

Aquí encontramos una gran enseñanza: muchas veces, Jesús nos lleva a la tormenta. Ser cristiano no significa vivir sin problemas, no significa estar libre de pruebas. Si estás buscando a Jesús solo para evitar el sufrimiento, esa no es la razón correcta. Porque, a veces, el mismo Jesús te llevará a la tormenta. ¿Por qué? Porque, tal vez, solo en medio de esa tormenta podrás comprender el propósito que él tiene para tu vida. A veces, la tormenta es el punto inicial para recomenzar.

La fe crece en la oscuridad

Lo que comenzó como un viaje rutinario para los discípulos se transformó en una noche interminable de lucha contra las olas y el viento. La oscuridad era densa y ya habían pasado horas remando, agotados, sin ninguna señal de que la tormenta cedería. El tiempo avanzó y llegó la cuarta vigilia, entre las tres y las seis de la mañana. Los discípulos habían estado batallando toda la noche. Estaban al límite de sus fuerzas, sin esperanza de que la situación mejore.



Y es justo en ese momento, cuando parecía que ya no quedaba nada por hacer, cuando no parecía haber salida, que Jesús apareció de una forma inesperada: caminando sobre el mar. Pero en vez de haberles traído paz al instante, su presencia los asustó. ¿Por qué? Porque no esperaban ver a Jesús en medio de la tormenta, y mucho menos de una forma tan sobrenatural.

Quizá hoy te sientas agotado, remando contra las tormentas de la vida y preguntándote si Dios está realmente contigo. Parece que, en el momento más crítico, él ha desaparecido. Pero si miras hacia atrás, verás cómo te ha sostenido en otras tormentas. Esa misma fidelidad del pasado debe darte fuerzas hoy.

A veces, queremos que Jesús haga el milagro a nuestra manera, pero cuando él decide actuar de una forma diferente, nos frustramos, renegamos e incluso llegamos a pensar que ya no nos escucha o que dejó de amarnos. Pero escucha bien: que Dios no actúe como tú deseas no significa que no esté obrando en tu vida. Que él no haga las cosas como tú esperas no significa que haya dejado de amarte. Dale espacio a Dios para trabajar de su forma y en su tiempo. Puede que Jesús llegue en la “cuarta vigilia” de tu vida, cuando ya no tienes fuerzas, pero lo que el texto bíblico enseña es que Jesús siempre llega. Él nunca te dejará solo. Solo necesitas tener los ojos de la fe abiertos para reconocer que es él quien viene a tu encuentro, justo en el momento que más lo necesitas.

La fe nos llama a salir de nuestra barca

Leamos los versículos 28 al 30: “Entonces le respondió Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y él dijo: *Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó: - ¡Señor Sálvame!*”.

Imagina que tú eres uno de los doce hombres muertos de miedo en esa barca y aunque son hombres fuertes y acostumbrados al mar, esta tormenta ha superado toda su experiencia y seguridad. Están aferrados a la barca como si fuera su última esperanza de vida. Tienes dos opciones: quedarte en la seguridad de la barca o salir de ella intentando caminar



sobre las aguas para ir hacia Jesús. ¿Qué prefieres, quedarte en la barca o salir de ella?

¿Qué es más seguro para ti: la barca o el mar? La barca parece ser lo más seguro porque, si sales, puede que te hundas y mueras ahogado. Lo más seguro es la barca, pero hay un problema: Jesús no está en la barca. Jesús está en el mar.

¿Cuántas veces nos hemos aferrado a nuestras “barcas” en la vida? Nos aferramos a lo que nos da una falsa seguridad: una relación, una posesión, un trabajo, una posición. Pensamos que ahí estamos seguros, pero, si Jesús no está en esa “barca”, estamos solos. A veces, estamos más seguros en medio de una tormenta con Cristo que en una vida “tranquila” sin él. Porque cuando Cristo nos llama, no importa cuán fuerte sea el viento o cuán altas sean las olas, su presencia es nuestra seguridad.

Pedro da el paso, el paso de la fe y, milagrosamente, camina sobre las aguas. Un hombre, un simple pescador, está haciendo lo imposible. Porque cuando sales de tu zona de confort, cuando dejas la falsa seguridad de la barca y obedeces el llamado de Cristo, entonces los milagros suceden.

Cuando todo parecía ir bien, Pedro “al ver el fuerte viento, tuvo miedo”. Esa fe que lo sostenía en lo imposible comenzó a desvanecerse y empezó a hundirse. Pero, “al momento Jesús, extendiendo la mano, lo sostuvo y le dijo: ¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?”

¿Por qué Pedro se hundió si estaba caminando sobre el mar? ¿No había viento desde el principio? Claro que sí, la tormenta nunca cesó. Entonces, ¿qué cambió? Pedro dejó de mirar a Jesús y fijó su atención en el viento. Recuerda que la fe no elimina las tormentas; nos da la valentía para caminar sobre ellas, confiando en que Jesús es nuestra seguridad, aun cuando todo a nuestro alrededor parece inestable.

CONCLUSIÓN

Muchos analizan esta historia y concluyen que Pedro fracasó en su intento de ir a Jesús. Pero creo que no es así, porque en realidad el fracaso más grande no es hundirse; el fracaso más grande es quedarse en la barca.

Porque si sales de tu barca, puede que te hundas, puede que tengas miedo, puede que te enfrentes con tus debilidades. Pero si te hundes,



Jesús estará allí para alcanzarte, para extender su mano, para levantarte y sacarte adelante. Pero si te quedas en tu barca, en la seguridad de tu comodidad, nunca experimentarás lo que es tener una vida plena y en paz en Cristo Jesús.

Así que, hoy, te pregunto: ¿Estás dispuesto a salir de tu barca? ¿Estás dispuesto a confiar en Jesús aun cuando te llama en medio de la tormenta? Porque él está ahí, en medio de los desafíos, llamándote a caminar con él. Si decides salir, si decides confiar, te aseguro que, aunque las olas golpeen, aunque el viento sea fuerte, Jesús estará allí, listo para sostenerte y llevarte a una vida más profunda y más plena en él.

LLAMADO

Hoy, Jesús está extendiendo su mano, invitándote a salir de la comodidad, a confiar en su plan y a aprender lo que significa vivir verdaderamente por fe. ¿Quieres responder a ese llamado? ¿Quieres tomar su mano y permitir que él te transforme, que te muestre el propósito y que te sostenga en medio de cualquier tormenta?





PERDONAR PARA RECOMENZAR

"Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete" (Mateo 18:21, 22, RVR1955).

INTRODUCCIÓN

Imagina que estás cargando una maleta pesada. Al principio, parece manejable, pero con cada paso que das, la carga se vuelve más difícil de llevar. No por lo que contiene, sino por el tiempo que llevas cargando la maleta. Así es el resentimiento en nuestras vidas.

Esta noche quiero hablarle de manera especial a aquellas personas que fueron lastimadas profundamente y el dolor sigue ahí, latiendo como una herida que no cierra. No importa cuánto tiempo pase, la carga sigue pesando. ¿Te has preguntado por qué cuesta tanto soltar? ¿Por qué, aunque sabemos que el perdón es el camino hacia la paz, lo retenemos como si fuera una forma de protección?

Pedro, uno de los discípulos de Jesús, también tuvo esta inquietud. Se acercó a Jesús y le preguntó: *"¿Cuántas veces debo perdonar a quien me ofende?"* Pero la respuesta de Jesús fue sorprendente, mucho más de lo que Pedro imaginaba.

Esta noche, vamos a descubrir qué significa ser perdonado, perdonar y cómo poder hacerlo. El texto bíblico se encuentra en Mateo 18:21-35.



El desafío de perdonar

Mateo 18:21 y 22 nos dice que Pedro se acercó a Jesús y le preguntó: *“¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?”*. Pedro tocó un tema crucial en la vida del ser humano: el perdón.

Porque hablar sobre el perdón puede traer paz o puede traer angustia. Hablar del perdón a veces nos obliga a recordar heridas pasadas, experiencias que, aunque antiguas, aún pueden doler. Quizás hoy, al hablar del perdón, tocaremos heridas abiertas, heridas que llevan tiempo sin sanar.

Es interesante que la palabra griega para “perdón” es **ἀφίημι** “*afiemí*”, que significa “soltar”. Perdonar, entonces, se trata de soltar, de dejar ir aquello que nos está hiriendo. Probablemente puedas decir esta noche: “Yo sé que debo perdonar.” Sí, todos sabemos que debemos perdonar, pero ¿cómo hacerlo? Esa es la pregunta que realmente nos cuesta responder.

Por el contexto de Mateo 18, entendemos que Pedro ya había escuchado a Jesús hablar sobre la importancia del perdón y la reconciliación. Sin embargo, aquí Pedro busca algo más, quiere saber cuántas veces es suficiente. Y no es una pregunta cualquiera, porque cuando Pedro menciona el número siete, está pensando en la perfección, en un acto completo. La ley rabínica permitía perdonar hasta tres veces, pero Pedro, queriendo ser generoso, va un poco más allá y sugiere siete. ¿Acaso no sería suficiente?

Pero Jesús le responde con una cifra abrumadora: setenta veces siete. Es decir, no hay límite. Jesús no nos está diciendo que llevemos una cuenta exacta; nos está llamando a perdonar sin límites. Esta es la verdadera esencia del perdón en el reino de Dios: perdonar, una y otra vez, sin reservas.

Y quizás te preguntas: “¿Cómo puedo perdonar de esa manera? ¿Por qué debería perdonar a alguien que me ha herido tan profundamente, especialmente si siento que no lo merece?” La respuesta la encontramos en la parábola que Jesús le contó a Pedro, una historia que también lleva un mensaje para ti.

El perdón que necesitamos: el perdón de Dios

El versículo 23 nos dice que *“El reino de los cielos es semejante a un rey que quiso hacer cuentas con sus siervos”*. La Biblia deja en claro que el



perdón no es una decisión opcional para quien quiere ser parte del Reino de Dios, sino que el perdón es un tema central en el Reino de Dios.

La historia nos presenta a un siervo con una deuda colosal, algo inimaginable: diez mil talentos. Tal vez, ese número no te diga mucho, pero te explicaré. Un talento equivalía a seis mil denarios, y un denario era el pago de un día de trabajo. Si multiplicamos diez mil (talentos), que era la deuda de este siervo, por seis mil (denarios), nos da sesenta millones de días de denarios o días de trabajo. La deuda de este siervo era impagable. ¿Cómo llegó a endeudarse tanto? No es algo que ocurra de la noche a la mañana. Esa deuda había crecido con cada mala decisión, con cada acto de irresponsabilidad, hasta alcanzar un peso insoportable. Ahora esa deuda se pagaría con la esclavitud de toda su familia.

La deuda de este hombre representa nuestra situación espiritual sin Cristo. Como este siervo, nuestras decisiones equivocadas, pecados, rencores y heridas no sanadas nos apartan cada vez más de Dios, hasta que parece no haber forma de regresar. Quizá te encuentres en ese punto hoy, sintiendo que la distancia entre tú y Dios es tan grande que ya no puedes ver el camino de vuelta.

Pero el problema aquí no es solo la deuda impagable; es la esclavitud que trae el pecado. El pecado es engañoso. Nos da una falsa sensación de control, como si pudiéramos manejarlo. Pero, un día, despiertas y te das cuenta de que eres su esclavo. Ya no decides por ti mismo, ya no tienes paz, y parece que has perdido el propósito en la vida. La pregunta es: ¿hay solución para alguien que ha llegado tan lejos? ¿Hay esperanza para una vida atrapada por el pecado?

La parábola continúa con el siervo rogando al rey: *“Ten paciencia conmigo, te lo pagaré todo”*. Era un intento desesperado, pero, en realidad, una mentira. Esa deuda era impagable; él jamás podría saldarla. Así también nos engañamos nosotros muchas veces, pensando que podremos resolver nuestra situación espiritual por nosotros mismos. Pero la verdad es que no podemos vencer el pecado sin Dios.

Entonces, sucede algo asombroso: el versículo 27 dice que el rey, movido a misericordia, lo soltó y le perdonó toda la deuda. Así como el rey tuvo compasión, Dios tuvo misericordia de nosotros. Envío a su Hijo Jesús,



quien pagó con su vida el precio de nuestro pecado. Porque, aunque la paga del pecado es muerte, la salvación es en Cristo Jesús. La vida eterna no es algo que podamos ganar por nosotros mismos; es un regalo de Dios en Jesús.

Si necesitas un motivo para perdonar a quién te hirió, ese motivo es que un día Cristo te perdonó para que puedas vivir con esperanza. Mejor dicho, debes perdonar, porque un día Cristo te perdonó a ti.

La parábola nos relata que, al salir este siervo perdonado, se encontró con otro que le debía tan solo cien denarios, es decir, cien días de trabajo. Esto era poco en comparación a la deuda que el rey le había perdonado. Pero, en vez de mostrar la misma compasión que recibió, lo tomó del cuello y exigió el pago inmediato. Qué tan frágil es la memoria, ¿verdad? Qué fácil olvidamos lo que Dios ha hecho por nosotros.

Así, Jesús nos muestra que el perdón no es solo algo que recibimos, sino algo que debemos reflejar. Porque, así como el rey perdonó al siervo, Dios nos ha perdonado a nosotros. Entonces, si Dios nos ha liberado de una deuda tan grande, ¿no deberíamos también perdonar de todo corazón a quienes nos han ofendido?

El mejor motivo para perdonar

Mateo 18:35 dice *“Así también mi Padre celestial hará con vosotros, si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas”*.

¿Qué significa esto? Si tú te niegas a perdonar a tu prójimo, también estás rechazando la esperanza de ser perdonado por Dios. Y se los digo sinceramente, me hubiera gustado que el perdón no fuera un tema central en el Reino de los Cielos; hubiera sido mucho más sencillo para todos, ¿verdad? Pero Jesús nos dejó claro que sí lo es. El perdón y el Reino de Dios están profundamente relacionados.

Quiero dirigirme ahora al corazón de cada persona aquí, especialmente a ti, que quizá llegaste esta noche con un peso en el alma. Tal vez, llevas años guardando un resentimiento que te consume, un odio que te ha mantenido cautivo, una herida que no has dejado sanar. Es posible que el rencor se haya vuelto tan parte de tu vida, tan habitual, que crees que podrías vivir con él para siempre. Pero déjame decirte algo: el rencor y el



odio solo te desgastan a ti, te roban la paz, te quitan la alegría, y te alejan de ese nuevo comienzo que Dios tiene preparado para ti.

Jesús te está extendiendo una invitación esta noche: una invitación a soltar, a dejar ir, a perdonar. No porque el otro lo merezca, sino porque tú necesitas ser libre. El perdón es la llave que abre la puerta a la paz que tanto anhelas. Dios sabe cuánto te duele, él sabe cuánto te cuesta, pero también sabe que solo a través del perdón podrás hallar el descanso que tu alma necesita. No permitas que el rencor consuma los mejores años de tu vida. Entrégale a Dios ese dolor y permite que su amor sane tu corazón. ¿Estás dispuesto a soltar y a darle una oportunidad a la paz que solo Jesús puede darte?

CONCLUSIÓN

Hoy hemos aprendido que el perdón es esencial para recomenzar en la vida. Es posible que hoy necesites recibir el perdón de Dios o perdonar a alguien que te hizo daño. El perdón no es un simple sentimiento o emoción; es una decisión que debemos tomar para liberarnos del peso que nos ata y que permite que Dios sane nuestras heridas.

Cuando perdonamos, es Dios quien transforma nuestro odio en amor, quien sana el dolor profundo que llevamos dentro. Así como el rey perdonó la deuda impagable del siervo en la parábola, Dios nos perdonó a nosotros a través de Cristo. Hoy, ese mismo perdón nos llama a extenderlo a quienes nos han ofendido, no porque sea fácil, sino porque es el camino hacia una paz genuina y un nuevo comienzo.

LLAMADO

Si hoy deseas recibir el perdón de tus pecados y aprender a perdonar a quienes te han herido, el camino es entregarte a Jesús. No hay otro camino. Al recomenzar, como dice el texto, recibirás el regalo del Espíritu Santo. ¿Y qué hace el Espíritu Santo? Él transforma tu ser. Él cambia tu odio por amor, tu angustia por paz, tu orgullo por humildad. Ven a Jesús.



DÍA 5

RECOMENZAR DESDE EL FRACASO

“Y en seguida, mientras él todavía hablaba, el gallo cantó. Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: «Antes que el gallo cante, me negarás tres veces». Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente” (Lucas 22:61, 62, RVR1995).

INTRODUCCIÓN

Estamos en los últimos días antes de que Jesús enfrentase la cruz. Cada momento, cada conversación, cada enseñanza tenía un peso eterno, y Jesús lo sabía. Entre los discípulos, Pedro era quien más prometía, quien más rápido hablaba, quien parecía siempre dispuesto a darlo todo por su Maestro. Pero, aunque Pedro había caminado con Jesús, aunque había visto milagros, aunque había experimentado el poder de Dios en su vida, su carácter aún necesitaba ser moldeado, afinado, probado. Porque Pedro, con toda su valentía y su sinceridad, aún no entendía del todo lo que significaba seguir a Jesús.

Jesús lo veía y lo conocía profundamente. Y por eso, en Lucas 22:31, le advirtió: *“Simón, Simón, Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no falte”*. Jesús sabía que Pedro enfrentaría una prueba que pondría a temblar sus promesas, y le dijo, con tristeza y amor: *“Antes que el gallo cante, me habrás negado tres veces”*.

Y aquí surge la pregunta: ¿qué sucede cuando somos puestos a prueba y descubrimos que no somos tan fuertes como creíamos? ¿Qué pasa cuando fallamos? Jesús colocó tres pruebas en el camino de Pedro, y esas pruebas le enseñarían lo que su propia fuerza no pudo darle. ¿Estás dispuesto a ver lo que Dios quiere enseñarte en medio de las pruebas?



Para las tentaciones: la oración nuestra salvaguarda

La Biblia nos dice en Lucas 22:39 que Jesús fue con sus doce discípulos a un lugar que muchas veces había sido un refugio de oración y consuelo, un sitio de paz donde sus palabras tocaban sus corazones. Pero aquella noche era diferente. No era solo otra noche de oración: era la última noche que Jesús pasaría en la Tierra orando.

Imaginen ese momento: Jesús, nuestro Salvador, consciente de que el fin estaba cerca, enfrentaba una agonía tan intensa que la Biblia describe cómo su sudor caía al suelo como gotas de sangre. Su humanidad sentía el peso abrumador de lo que estaba a punto de suceder, y el miedo se hacía presente. El sacrificio que se avecinaba no solo era por los discípulos que estaban con él, sino también para cada uno de nosotros; nuestra esperanza, nuestra salvación se jugaba en esa noche oscura.

Jesús le había pedido a Pedro que orara con él. Había confiado en que Pedro, junto con los demás, velarían y permanecerían fuertes en oración. Sin embargo, al volver, Jesús los encuentra dormidos. No les reprende a todos; se dirige específicamente a uno: Pedro. ¿Por qué? Porque Pedro, instantes antes, había prometido que nunca lo abandonaría, que lo seguiría hasta el final. Y ahora, allí estaba, vencido por el sueño, por el agotamiento, por el peso de la tristeza.

El versículo 45 nos dice que los discípulos estaban “durmiendo de tristeza”. Es una imagen que seguramente muchos de nosotros entendemos, porque, ¿quién no ha sentido en algún momento, el peso de la tristeza, ese que te quita la fuerza para seguir? Tal vez, alguna vez te has refugiado en el sueño, no porque tengas sueño, sino porque el dolor es tan profundo que lo único que deseas es cerrarte al mundo, dejar de sentir por un momento, huir de lo que te hiere. Es la tristeza de caer en el mismo error, de ver a un hijo sufrir, de ver cómo un hogar que soñaste se desmorona, de ver a un ser querido atrapado en una adicción, o de enfrentarte a un trabajo que ya no llena, a una vida que no parece tener el sentido que esperabas. Dormir se convierte en una invitación a escapar, a esconderte, a no enfrentar la vida.

Pero en ese momento de abandono, Jesús despertó a Pedro y le dijo: *“¿Por qué dormís? Levantaos y orad para que no entréis en tentación”*. Jesús, que estaba enfrentando la agonía más grande de su vida, nos



muestra el camino para no rendirnos ante dolor. En medio de la tristeza y el desánimo, él nos llama a la oración, a encontrar fortaleza en Dios. Nos recuerda que, aunque el dolor sea grande, no debe ser más fuerte que nuestra fe.

Para nuestra impetuosidad: un amor que sana

El versículo 47 nos da una imagen poderosa: los soldados, la turba, los sacerdotes, todos se acercan... y entre ellos, Judas. Judas se adelanta y, con un beso, traiciona a Jesús. Imaginen ese momento, el Maestro rodeado y traicionado. Y entre los discípulos surgió la pregunta: “Señor, ¿herimos a espada?” En el versículo 50, la Biblia nos cuenta que uno de ellos, lleno de impulso, sacó su espada y le cortó la oreja al siervo del sumo sacerdote.

¿Quién fue? Pedro. ¿Y por qué reaccionó así? Porque Pedro no había orado. Jesús le había advertido: “Vela y ora para que no entres en tentación”. Pero Pedro se durmió, y en el momento de la prueba, respondió como siempre: de manera impulsiva, sin control.

Pedro pensó que el problema se resolvía con fuerza, con espada. Su vida estaba marcada por sus reacciones intensas, esas que a veces salen sin pensar. Pedro era sincero, creía que defendía a su Maestro al actuar de esa manera. Pero su reacción, en lugar de proteger, terminó hiriendo. Pero Jesús no regaña a Pedro; ve el error y lo corrige. Tocó la oreja del siervo y lo sanó.

¿Cuántas veces nuestros impulsos han sido como una espada desenvainada? Actuamos sin pensar, y nuestras palabras o nuestras acciones dejan heridas profundas en las personas que más amamos. Sin darnos cuenta, nuestras reacciones impulsivas terminan desgarrando el corazón de aquellos que esperaban apoyo, comprensión y paciencia de nosotros. ¿Cuántas veces hemos hecho sangrar la vida de los demás con nuestras decisiones apresuradas, alejando a quienes un día prometimos estar para ayudar y cuidar?

Hoy, Cristo está aquí, listo para restaurar las relaciones que nuestros impulsos han roto, para sanar los corazones que nuestras reacciones descontroladas han herido. Si esta noche sientes que tus palabras o tus acciones han dejado cicatrices en alguien, entrégale a Cristo esas heridas. Él puede devolver la paz y la unidad, porque su amor tiene el poder de restaurar todo lo que hemos quebrado. Solo necesitamos rendirle



nuestras fallas, permitir que su toque sanador vuelva a unir lo que fue separado y sane lo que nuestras decisiones impulsivas marcaron.

Para nuestros fracasos: una mirada de esperanza

Y llegamos al punto culminante de esta historia, a un momento en la vida de Pedro que desearía borrar para siempre. Leemos en Lucas 22:54 que arrestaron a Jesús, lo llevaron a la casa del sumo sacerdote y Pedro lo seguía, sí, pero ¿cómo lo seguía? De lejos. Aquel Pedro que había prometido estar con Jesús hasta la muerte sólo seguía a Jesús de lejos.

A veces, nosotros no somos tan distintos. Hacemos promesas de fe, nos comprometemos con Jesús, pero cuando llegan las pruebas, cuando el miedo nos rodea, cuando las miradas del mundo nos intimidan, empezamos a seguirlo... de lejos. Nos distanciamos porque no queremos que nos reconozcan como discípulos.

Y eso mismo hizo Pedro. Al ver la multitud, al ver el peligro, decidió mantenerse al margen. Se acercó a una fogata, buscando el calor de la noche fría, queriendo mezclarse, queriendo ser uno más entre aquellos que no seguían al Maestro. Pero ese mismo Pedro que pensaba que nadie lo notaría, fue descubierto. Una criada se le acercó, lo miró, y reconoció en él a un discípulo de Jesús.

Ahí estaba Pedro, lleno de miedo, y en su rostro se reflejaban la tristeza, la vergüenza, el remordimiento. La mujer lo señaló, y Pedro negó a Jesús por primera vez. Poco después, otro hombre lo reconoció y le dijo: *“Tú también eres de ellos”*, y Pedro volvió a negar. Una tercera vez, alguien más le dijo: *“Este estaba con él”*, y Pedro respondió: *“Hombre, no sé de qué hablas”*.

¡Qué contraste más triste! El mismo que juró no dejarlo, ahora decía “no lo conozco”. Mientras Pedro negaba a su Maestro afuera, dentro, Jesús afirmaba ser el Hijo de Dios. Mientras Pedro escondía su identidad con mentiras, Jesús estaba dispuesto a morir por la verdad. Allí dentro, Jesús se entregaba; afuera, Pedro se perdía en la cobardía. No era solo una negación de palabras sino también la pérdida de tres oportunidades para demostrar quién era, para confirmar su compromiso. Y en ese instante, el galló cantó.

Los versículos 61 y 62 dicen que “Entonces, vuelto el Señor, miró a Pedro; y Pedro se acordó de la palabra del Señor, que le había dicho: ‘Antes



que el gallo cante, me negarás tres veces'. Y Pedro, saliendo fuera, lloró amargamente".

¿Puedes imaginar esa mirada? Jesús, herido, maltratado, agotado, lo buscó entre la multitud. Pero no fue una mirada de condena, no fue una mirada de enojo. Fue una mirada de amor, una mirada que decía: "Yo aún estoy aquí, Pedro. A pesar de tus fracasos, aquí estoy".

Pedro salió y lloró amargamente. Su corazón estaba hecho pedazos, su vergüenza era profunda, su fracaso era real. Pero en esa mirada de Jesús había misericordia, había una segunda oportunidad. Pedro entendió el peso de sus actos, pero también comprendió que el amor de su Maestro era mayor que su vergüenza.

CONCLUSIÓN

A veces, nuestra vida parece ser una cadena de errores, un tropiezo tras otro. Como Pedro, que primero se durmió en el Getsemaní cuando Jesús le pidió que orara, luego sacó la espada y, en un impulso, hirió al siervo del sumo sacerdote, y finalmente negó a Jesús tres veces, afirmando no conocer al mismo Maestro que tanto amaba. Cada error parecía llevarlo más lejos, parecía construir una barrera insuperable entre él y Cristo.

Nos pasa igual. Tal vez has fallado una y otra vez, repitiendo los mismos errores, tomando decisiones impulsivas, permitiendo que el temor o la frustración guíen tus actos. Llegamos a creer que nuestros fracasos nos han alejado de Dios al punto de no retorno. Pero, cuando Pedro negó a Jesús por tercera vez y el gallo cantó, Jesús lo miró. No fue una mirada de enojo o de desprecio; fue una mirada llena de tristeza, sí, pero también de amor. Fue una mirada que decía: "Todavía estoy aquí para ti".

LLAMADO

Hoy, él te está mirando y te dice: "Yo aún estoy aquí para ti. A pesar de tus caídas, a pesar de tus negaciones, sigo esperando que regreses a mí". Esta noche, no te quedes en la tristeza, no dejes que la vergüenza te detenga. Si Pedro, con todo y sus fracasos, pudo encontrar en esa mirada el perdón, también tú puedes hacerlo. Porque en Jesús hay restauración, hay paz, y siempre hay una oportunidad para volver a comenzar.





UNA INVITACIÓN A RECOMENZAR

"Le dijo la tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro se entristeció de que le dijera por tercera vez: «¿Me amas?», y le respondió: Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te quiero" (Juan 21:17, RVR1960).

INTRODUCCIÓN

Quiero que imaginen esta escena conmigo. Jesús, ya sin fuerzas, cargando una cruz pesada, cargando el peso de un mundo entero, un mundo que había venido a salvar, un mundo que ni siquiera entendía cuánto le amaba. Y Pedro, el que había dicho "estaré contigo hasta el final", no estaba. ¿Dónde estaba Pedro? Estaba ausente, derrotado, quebrantado por dentro.

A las nueve de la mañana, cuando Jesús fue clavado en la cruz, Pedro no estaba. A las doce, mientras el cielo se oscurecía y el peso de la humanidad caía sobre el Salvador, Pedro seguía sin aparecer. A las tres de la tarde, cuando Jesús exclamó: "¡Consumado es!" y entregó su espíritu, Pedro no estaba.

Ese Pedro, que había declarado que iría con Jesús hasta la cárcel y hasta la muerte, ahora estaba lejos. ¿Por qué? Porque había fallado. Con el corazón hecho pedazos y lleno de vergüenza, Pedro había renunciado a todo. Sentía que ya no había salida, que la distancia era demasiado grande.

¿Y qué hay de nosotros? ¿Cuántas veces, después de nuestras propias fallas y promesas incumplidas, sentimos que Dios está demasiado lejos? ¿Será que, incluso después de haber fallado, aún hay una oportunidad de regresar y empezar de nuevo con él?



Volver al mar... para volver a Jesús

Juan 21:1 al 3 nos dice que “Jesús se manifestó otra vez a sus discípulos junto al mar de Tiberias; y se manifestó de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás llamado el Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo, y otros dos de sus discípulos. Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Vamos nosotros también contigo. Fueron, y entraron en una barca; y aquella noche no pescaron nada”.

Quiero que visualicemos esta escena juntos, sumergiéndonos en el profundo conflicto de Pedro. Nos encontramos en el Lago de Genesaret, conocido también como mar de Galilea; el mismo lugar donde, tiempo atrás, Jesús había cambiado la vida de Pedro para siempre.

Recordemos Lucas 5: Pedro, un pescador experimentado, había pasado toda la noche trabajando en el mar, lanzando sus redes sin éxito. Fue entonces cuando Jesús apareció y, a pesar de su cansancio, le pidió que intentara una vez más. Contra toda lógica, Pedro obedeció, y sus redes se llenaron al punto de casi romperse. Allí, en ese instante y en ese lugar, Pedro comprendió que Jesús era el Hijo de Dios y decidió dejarlo todo para seguirlo.

Ahora, en Juan 21, nos encontramos en el mismo mar, con el mismo Pedro, pero algo había cambiado profundamente. Pedro ya no era el mismo hombre confiado que había dejado su red para seguir al Maestro. Este Pedro estaba quebrantado. Su corazón estaba cargado de culpa y vergüenza. Con el alma desgarrada y la esperanza destrozada, Pedro tomó una decisión: volver a la pesca. Pero esta vez, la pesca no era solo una actividad; era un intento desesperado de volver a su antigua vida, a esa rutina antes de conocer a Jesús. Volver a la pesca era, en cierto modo, decir: “Ya no soy digno de ser su discípulo. No tengo lugar en su misión. Todo ha terminado para mí”.

Esa noche, Pedro y sus compañeros regresaron a las redes y al mar, pero el resultado fue el mismo: una noche de esfuerzo, redes vacías y una profunda sensación de vacío en el corazón.

Es en ese momento, cuando Pedro estaba en lo más profundo de su decepción y frustración, que Jesús apareció en la orilla, tal como lo hizo en aquel primer encuentro. Y con una instrucción sencilla, que ya le es



familiar, le dijo: “Echen la red al lado derecho de la barca”. Sí, el milagro volvió a suceder.

Este milagro no es solo una repetición; es un acto de gracia, una invitación para que Pedro recordara que su lugar no estaba en las redes del pasado, sino en el propósito eterno que Jesús le había dado. En ese momento, Pedro comprendió que su identidad no estaba definida por sus fracasos, sino por el amor y la misericordia de Jesús, quien lo llamaba una vez más, en el mismo lugar, a un nuevo comienzo.

Brasas de culpa, brasas de gracia

El versículo 9 nos da un detalle conmovedor: *“Al descender a tierra, vieron brasas puestas, y un pez encima de ellas, y pan”*. Esta palabra, “brasas,” solo aparece dos veces en el Nuevo Testamento, ambas relacionadas con Pedro. La primera vez, Pedro se calentaba junto a una fogata mientras que, por miedo y vergüenza, negaba a Jesús. Ahora, junto a esas mismas brasas, se encontraba cara a cara con aquel a quien traicionó.

Imaginen el conflicto en el corazón de Pedro al ver esas brasas. Cada chispa, cada aroma, le recordaban aquella noche amarga, aquella negación. Las brasas eran un símbolo de su fracaso, de su peor momento. Pero Jesús transformó ese mismo fuego en un lugar de gracia. Él no buscaba humillar a Pedro, sino restaurarlo. En lugar de reproches, le ofreció una comida, un encuentro, un momento de intimidad. Es como si Jesús le dijera: “Aun en tus momentos de mayor debilidad, yo sigo creyendo en ti”.

Y tal vez, hoy, tú también estás mirando las brasas de tus propios errores. Quizás sientes que tus fallas han quemado cualquier puente de regreso a Dios, que ya no puedes ser llamado hijo, hija, discípulo. Quizá, como Pedro, has vuelto a lo que conocías, a esa vida que dejaste atrás, porque piensas que ya no tienes derecho a una segunda oportunidad. Pero Jesús te espera en ese mismo lugar.

Donde erraste, donde fracasaste, donde decidiste que no había otra opción, él te ofrece un nuevo comienzo. No tienes que ocultarte, no tienes que temer. Jesús transforma nuestros símbolos de vergüenza en símbolos de gracia. Él no te ha abandonado. En el mismo lugar donde una vez decidiste seguirlo, él está listo para encontrarse contigo de nuevo y darte una segunda oportunidad.



Reconocer para restaurar

Después de aquel desayuno junto a las brasas, Jesús fijó su mirada en Pedro y le preguntó: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos?” La pregunta de Jesús era profunda, iba más allá de lo que Pedro esperaba. Jesús usa la palabra griega **ἀγαπᾷς** (*agapás*), que proviene de **ἀγάπη** (*ágape*), un amor sacrificial, perfecto, dispuesto a darlo todo, como el amor que él mismo demostró en la cruz. Es un amor que no retiene nada, un amor que se entrega sin condiciones.

Pedro, sabiendo que había fallado, no podía responder con ese nivel de amor. Con humildad, le dijo: “Sí, Señor; tú sabes que te **φιλῶ** (*filó*)”, usando una palabra diferente para amor: **φιλία** (*filía*), que representa un amor de amistad, cercano, pero no total. Pedro admitió que solo podía ofrecer un amor humano, imperfecto.

Jesús no se detuvo y le preguntó de nuevo: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” Otra vez, usa **ἀγαπᾷς** (*agapás*). Jesús siguió preguntando por ese amor profundo, completo. Pero Pedro, consciente de sus limitaciones, volvió a responder: “Señor, tú sabes que te **φιλῶ** (*filó*)”. Es como si Pedro estuviera diciendo: “Señor, sabes que te amo, pero mi amor es frágil, humano. No puedo prometer más de lo que soy”.

Entonces, en un acto de inmensa compasión, Jesús cambió la pregunta. Por tercera vez, le dijo: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” pero esta vez usa **φιλεῖς** (*fileís*), descendiendo al nivel de Pedro, preguntándole si lo ama con ese amor fraternal y sincero que él sí puede ofrecer. Jesús le mostró que conocía sus debilidades y que aun así lo aceptaba y amaba. Al escuchar esto, Pedro se entristeció, no solo porque Jesús repitió la pregunta, sino también porque en ese momento entendió que Jesús conocía sus luchas, su dolor, sus caídas.

Pedro respondió con un corazón sincero: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te **φιλῶ** (*filó*)”. Pedro no intentó ocultar su imperfección; le ofreció a Jesús lo que realmente tenía. Y en respuesta, Jesús no lo rechazó, sino que le dijo: “Apacienta mis ovejas”. Jesús lo llamó a liderar, a cuidar de su pueblo, a ser su discípulo, no porque fuera perfecto, sino porque había aprendido a ser honesto y humilde.



¿Cuántas veces sentimos que nuestro amor hacia Dios es insuficiente, que nuestras promesas se quedan cortas, que nuestras caídas nos descalifican? Quizás, como Pedro, hemos tropezado, hemos negado y hemos fallado. Pero Jesús no busca en nosotros un amor perfecto; él busca un corazón sincero. En el mismo lugar de nuestras caídas, frente a nuestras propias “brasas,” Jesús nos pregunta hoy: “¿Me amas?” Y al responderle con honestidad, él nos restaura y nos invita a seguirlo, a servir, a amar con el amor que tenemos, aun en nuestra fragilidad.

Así como Pedro recibió una segunda oportunidad junto a esas brasas, en el lugar donde todo comenzó, Jesús hoy nos ofrece una nueva oportunidad para recomenzar.

CONCLUSIÓN

Así como Jesús no dejó a Pedro en su momento de mayor debilidad, Jesús siempre está dispuesto a darnos una nueva oportunidad, incluso en el mismo lugar donde alguna vez caímos. Pedro, lleno de culpa, intentó volver a su antigua vida, pero Jesús lo esperó en el mar, el mismo lugar donde lo llamó por primera vez. Ahí, en medio de su desánimo, Pedro encontró nuevamente a su Maestro, quien, en lugar de reprocharlo, lo invitó a un recomienzo. Las brasas, que una vez simbolizaron su negación, ahora se convierten en un símbolo de gracia y restauración.

Jesús nos muestra que no importa cuántas veces hayamos fallado, siempre hay un camino de regreso. Él no nos pide un amor perfecto, solo un corazón sincero dispuesto a intentarlo de nuevo. Al igual que Pedro, tal vez sentimos que nuestros errores nos descalifican, pero en esos momentos, Jesús se acerca y nos pregunta: “¿Me amas?”

LLAMADO

Si hoy deseas ser una nueva criatura, si anhelas recomenzar y caminar junto a él, da el paso hacia el bautismo. Ven y permite que Jesús te lave, te renueve, y te dé un propósito eterno. Él te espera con sus brazos abiertos.

¿Lo aceptarás?



DÍA
7

RECOMENZAR PARA LA ETERNIDAD

"Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén" (2 Pedro 3:18, RVR1995).

INTRODUCCIÓN

Recordemos juntos el proceso de transformación de Pedro. Al inicio, era un hombre común, impulsivo y lleno de defectos, alguien que, aunque quería seguir a Jesús, fallaba una y otra vez. Sin embargo, Jesús no se rindió con él. Le mostró paciencia, le dio oportunidades, lo corrigió y, sobre todo, lo amó. Y Pedro, con cada paso, fue cambiando. Dejó de ser el hombre inestable para convertirse en alguien fuerte y lleno de fe, alguien que ya no dependía de sí mismo, sino de Dios.

¿No es eso lo que todos anhelamos? Sentimos que necesitamos algo más en nuestra vida, algo que nos transforme verdaderamente. ¿Pero cuántas veces intentamos y caemos? Tal vez, al igual que Pedro, hemos llegado a pensar que no somos capaces de cambiar, que estamos destinados a repetir los mismos errores.

Sin embargo, la historia de Pedro nos recuerda que una nueva vida es posible. Jesús tiene el poder de transformar y recomenzar nuestra historia. La pregunta es: ¿estamos dispuestos a iniciar ese proceso? ¿Qué necesito para recomenzar? Porque lo que le ocurrió a Pedro no fue magia, sino un proceso profundo y real.

Hoy estudiaremos a Pedro en su nueva faceta: escritor y apóstol de Jesucristo y veremos que el cambio que Jesús hizo en él, también puede hacerlo en nosotros.

Crecer en gracia

Leamos 1 Pedro 1:18, 19: *“Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación”.*

Estas palabras nos hablan de una realidad poderosa: no nos salvamos por nuestros méritos, ni por lo que podemos ofrecer, sino por el sacrificio de Cristo. Pedro, el mismo que un día caminó sobre el agua y luego se hundió por su falta de fe, el mismo que juró que nunca dejaría a Jesús y luego lo negó tres veces, ahora habla de una verdad profunda: nuestra nueva vida no depende de lo que somos o hacemos. Pedro sabe lo que es vivir atrapado en la culpa y el fracaso, y también sabe lo que significa ser redimido por la gracia de Dios.

¿De qué fuimos rescatados? La Biblia dice que antes de Cristo, vivíamos en “una vana manera de vivir,” una vida sin sentido, vacía. El pecado nos había esclavizado, nos llevaba de un lado a otro, haciéndonos creer que encontraríamos paz en las cosas de este mundo, pero solo hallábamos más vacío. Así como el pueblo de Israel fue liberado de la esclavitud en Egipto sin que ellos hicieran nada para merecerlo, nosotros hemos sido rescatados de una vida de pecado, no por nuestras obras, sino por la gracia de Dios.

Cristo pagó un precio que no podíamos pagar. No fue oro ni plata, sino su propia sangre. En la cruz, él asumió el castigo que nos correspondía, para que tú y yo podamos tener una nueva oportunidad. El bautismo es nuestra aceptación de ese sacrificio; es decirle a Dios: “Reconozco que no puedo salvarme por mí mismo. Te necesito. Hoy, muero a mi antigua vida y acepto la nueva vida que me das en Cristo”. Cuando entendemos el precio que Cristo pagó, nuestra vida no puede ser igual. A través del bautismo, declaramos que somos nuevas criaturas, rescatadas por el poder de la cruz.

Hoy, si sientes que no puedes cargar con tus propios errores, que tu vida pasada sigue pesando sobre tus hombros, recuerda que Cristo ya pagó el precio. Al igual que Pedro, puedes dejar esas cargas en sus manos y vivir una nueva vida, no por lo que has hecho, sino por lo que él hizo. Él quiere darte una identidad y un propósito que nadie te puede quitar.



Este es el milagro de recomenzar en Cristo: todo lo que necesitas para vivir esta nueva vida ya ha sido ganado por Jesús en la cruz.

Crecer en amor

1 Pedro 1:22, 23 dice así: *“Habiendo purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad, mediante el Espíritu, para el amor fraternal no fingido, amaos unos a otros entrañablemente, de corazón puro; siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre”.*

Es asombroso ver a Pedro hablando de amor sincero, él, que alguna vez fue impulsivo y violento. Este mismo Pedro que cortó la oreja del siervo del sumo sacerdote, ahora nos habla de amar sin hipocresía. ¿Qué ocurrió en la vida de Pedro para que experimentara un cambio tan radical?

La respuesta es que Pedro fue transformado por el amor de Cristo. El mismo amor que lo restauró después de su traición, ese amor incondicional que le mostró Jesús es el amor que ahora él predica. Solo un corazón rendido a Dios, un corazón renovado por el Espíritu Santo puede amar de esa manera. No es un amor que nace de nuestros propios esfuerzos, porque sabemos que nosotros, por naturaleza, tendemos a buscar solo lo nuestro. Este amor proviene de la obra de Dios en nosotros.

Cuando somos bautizados, no solo estamos aceptando la muerte y resurrección de Cristo, sino que también estamos invitando al Espíritu Santo a morar en nosotros. Él empieza a purificar nuestro corazón, a quitarnos el odio, el rencor, la hipocresía. Nos da un amor genuino, un amor que no finge, un amor que solo puede venir de Dios. Este es el milagro de la vida renacida en Cristo: podemos reflejar su amor, amar como él amó.

¿Alguna vez has sentido que no puedes perdonar a alguien que te ha lastimado? ¿Has sentido que el resentimiento y el dolor te impiden amar? Pedro también vivió esos momentos. Sin embargo, cuando dejó que el Espíritu de Dios purificara su vida, su corazón fue transformado. Este es el poder del amor de Dios en nosotros: donde había resentimiento, ahora hay compasión; donde había rencor, ahora hay paz. Pedro experimentó esta transformación en su propia vida, y ahora nos invita a experimentar el mismo cambio.



A través del bautismo, invitas al Espíritu Santo a hacer esa obra en ti. Dios quiere darte un amor sincero, sin fingimiento. Cuando le entregas tu vida, él pone en ti un amor que sobrepasa todo entendimiento, un amor que no nace de nosotros, sino de él. Este es el milagro de recomenzar en Cristo: nos transforma en personas capaces de amar con el amor de Dios.

Crece para la eternidad

Presten atención a este texto en 2 Pedro 3:18: *“Antes bien, creced en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. A él sea gloria ahora y hasta el día de la eternidad. Amén”.*

Imagina a Pedro, el hombre que pasó de pescador a discípulo, de negador a predicador. Un hombre que conoció la gracia de Dios de una forma tan poderosa que después no pudo ser el mismo. En su última carta, él nos deja una exhortación que viene desde su propia experiencia: que la vida en Cristo no es un evento único; es un proceso continuo de crecimiento.

El bautismo es solo el primer paso en esta vida nueva. No es solo un acto simbólico; es nuestra declaración de muerte al pecado y nuestro renacer en Cristo. Pero Jesús no solo nos llama a ser bautizados en agua, sino también a recibir el bautismo del Espíritu. ¿Qué significa esto? Significa que el cambio no ocurre de la noche a la mañana, sino que es un proceso donde Dios trabaja pacientemente en nosotros, día tras día, moldeándonos, transformándonos y haciéndonos más parecidos a él.

Pedro entendió que vivir en Cristo no significa ser perfecto de inmediato, sino caminar cada día hacia una vida más plena en Dios. Así como una planta necesita agua, luz y cuidado constante para crecer, nuestra vida espiritual necesita ser alimentada continuamente. Y esto no es fácil. Muchas veces queremos ver cambios inmediatos y, al no verlos, sentimos frustración. Pero Dios, en su amor, nos llama a confiar en su obra, a seguir creciendo en su gracia hasta la eternidad.

Hoy, te pregunto: ¿estás dispuesto a crecer en la gracia de Dios hasta la eternidad? Tal vez, te bautizaste hace mucho tiempo atrás, pero sientes que te has estancado, que tu fe se ha enfriado, que tus pecados te han alejado de Dios. Hoy, Dios te llama a recomenzar. O quizá, hoy, sientes que es momento de dar el primer paso, de entregarle tu vida a Jesús a través del bautismo. Este no es el final, sino el comienzo de una vida



nueva, de una transformación continua, una vida donde cada día te pareces más a él.

CONCLUSIÓN

Durante toda esta semana hemos visto el milagro de la vida transformada en Cristo a través de la historia de Pedro. Un hombre que comenzó como un pescador impulsivo y terminó como un líder renovado, lleno de amor y convicción. Pedro experimentó el poder de un nuevo comienzo, no por sus méritos, sino por la gracia de Dios. Vimos cómo Dios lo rescató de su vieja vida, le enseñó a amar con un amor sincero, y lo guió a crecer cada día en su gracia.

Esta es la promesa de Dios para cada uno de nosotros. No importa cuán lejos hayamos llegado en nuestros errores o cuánto hemos fallado, Jesús nos ofrece una nueva vida. Él nos llama a renacer en el bautismo, a crecer en su amor y a caminar con él cada día, hasta ser moldeados a su imagen. Hoy, la invitación de Dios es clara: recomencemos en su amor y permitamos que su gracia haga en nosotros lo que solo él puede hacer.

LLAMADO

Hoy, Jesús te llama a dar el paso decisivo, a dejar atrás el peso de tu antigua vida y a comenzar una nueva historia en él. Es el momento en que entregas tus cargas y permites que Dios transforme tu vida. No importa cuánto hayas fallado, hoy puedes nacer de nuevo en Cristo. ¿Estás dispuesto a aceptar su invitación? Da el paso. Entrégate a Jesús a través del bautismo y permite que él escriba una nueva historia contigo.

